

EL GRAN ALMIRANTE

KARL DOENITZ

REFLEXIONES A LOS 80

Por

Robert M. Ancell, Jr., Teniente USNR

“Catalogo al almirante Doenitz como el mejor de todos los jefes alemanes, de tierra o mar. Fue único en su conducción de los submarinos germanos, que constituyeron nuestro enemigo más peligroso. Su operación con ellos —y en su mayor parte hecha personalmente— fue la actuación más destacada del Eje en la guerra. Más tarde logró mandar todas las fuerzas de la Armada alemana, pero ya era demasiado tarde para tener éxito, aun cuando no cometió error alguno y nadie podría haberlo hecho mejor. Finalmente reemplazó al propio Führer y su desempeño desde entonces me parece que fue perfecto. Es por ello que pienso que Doenitz fue el mejor de todos”.

Tales expresiones representan un magnífico respaldo, considerando que provenían de un almirante americano muy respetado, el difunto Thomas C. Hart. No obstante, el almirante Hart no es el único líder aliado que ha tenido opiniones favorables acerca del gran almirante Karl Doenitz; al parecer, hay un consenso general entre muchos oficiales generales retirados estadounidenses en el sentido que el almirante Doenitz era un profesional, y eso constituye una gran diferencia.

El ex-comandante de la Armada alemana durante la última parte de la Segunda Guerra Mundial, y heredero de la bancarrota del Tercer Reich como el sucesor obligado de Adolf Hitler, vive tranquilamente en Baviera. Con 80 años cumplidos, Doenitz ha permanecido retirado desde que fue liberado de la prisión de Spandau en 1956. Actualmente pasa gran parte de su tiempo en un bal-

neario de salud, aun cuando ésta todavía es buena para su avanzada edad.

Desde que salió de la prisión, donde pasó diez años cumpliendo la pena que le fuera impuesta en Nüremberg como criminal de guerra, Doenitz ha hecho una vida muy retirada. Concede unas pocas entrevistas, rara vez discute los asuntos actuales y cortésmente se niega a hacer comentarios sobre cualquier cosa posterior a mediados de la década del cincuenta. Sin embargo, todavía habla sobre la Segunda Guerra Mundial y parece que muchos de sus puntos de vista han cambiado poco en los últimos treinta años. A continuación relato pasajes de una larga correspondencia que sostuve con el almirante Doenitz durante más de un año, a modo de una entrevista escrita que terminó a fines de 1972.

—Almirante Doenitz, ¿por qué Alemania siguió luchando aún cuando Uds. sabían que no había posibilidad de victoria?

—Nosotros teníamos conocimiento de la orden operativa inglesa llamada "Eclipse", que disponía planes y preparativos para la ocupación de Alemania. Requería la división de Alemania en cuatro secciones bajo los gobiernos ahora existentes. Nosotros conocíamos el plan del Secretario de Hacienda norteamericano Morgenthau, el cual, después de la victoria, habría destruido a Alemania para convertirla en tierra de pastoreo y en una nación agrícola. Si su plan hubiera tenido éxito, millones de alemanes habrían muerto de hambre. Por razones decididas en la Conferencia de Casablanca, los aliados habrían firmado la paz con Alemania, pero solamente bajo la condición de que nos rindiéramos incondicionalmente. Eso habría significado que las tropas alemanas deberían permanecer donde se hallaban en ese momento, depondrían sus armas y pasarían a ser prisioneras del enemigo, y por consiguiente tres millones y medio de soldados en el frente oriental que en 1944 y 1945 se encontraban muy al interior de Rusia habrían caído en poder de los soviéticos, siéndoles a éstos imposible proveer a esas tropas de alimento y abrigo, aún con la mejor de las organizaciones.

¿Quién desea entregarse voluntariamente cuando su enemigo se lo pide y

rendirse, o en caso contrario éste lo dividirá en cuatro pedazos y hará con ellos cuanto le plazca? Estas fueron las razones por las cuales no nos rendimos. La decisión de pedir una rendición incondicional en Casablanca fue error político.

—¿Por qué los líderes de Alemania ocultaron la verdad al pueblo y a las tropas, que la guerra estaba perdida?

—Mientras las fuerzas armadas alemanas todavía tuvieran que luchar, no se podía hacer saber abiertamente que la derrota era inminente. Con tal noticia, la voluntad de lucha de las fuerzas armadas, aún necesaria, habría disminuido. En el Este, por ejemplo, las fuerzas alemanas debían conservar terreno para impedir el avance ruso y dar a la población alemana la posibilidad de huir hacia el occidente y posiblemente llegar al Oeste ellas mismas. Esta puede haber sido la razón de Hitler para no admitir la derrota alemana durante las últimas semanas.

—Como jefe de la Armada alemana, le decisión de prolongar el fin de la guerra en el mar, en 1945, fue únicamente suya. ¿Por qué la Armada y especialmente los submarinos siguieron luchando hasta el final?

—En 1939, la Armada alemana fue enviada a la guerra contra el poder naval más poderoso del mundo —Gran Bretaña— sin respetar su opinión y sin equipo. Hasta la última hora, durante la guerra ella cumplió con su deber, y más, no obstante su escaso número.

Los submarinos, especialmente, tuvieron un sacrificio más que hacer en 1945: seguir luchando ante un enemigo superior y sin lograr efectos sobre él, sino solamente con pérdidas. Si los submarinos no hubieran hecho este último sacrificio, el enemigo habría tenido tan enorme poder que podría haberlo usado para atacar a Alemania. De modo que los submarinos siguieron actuando. Permítame mencionarle un ejemplo. Los cientos de aviones ingleses y americanos que efectuaban patrullas en busca de submarinos habrían sido cargados en cambio con bombas y enviados a bombardear ciudades alemanas. Grandes cantidades de mujeres, niños y civiles habrían perdido sus vidas. Por eso los submarinos tenían que hacer este último sacrificio, ganándose así la más alta de las estimaciones.

—Durante muchos meses después que la guerra empezó en Europa, Adolfo Hitler le dio poca importancia a la Armada. ¿Por qué la ignoró por tanto tiempo?

—Como todos los austriaco-alemanes, Hitler fue educado de acuerdo con una filosofía continental. Todavía tenía esperanzas de llegar a algún acuerdo con Inglaterra; pero cuando se dio cuenta que los ingleses no querían ninguno, pensó que ellos estarían dispuestos a hablar de paz si Alemania derrotaba a los rusos. El deseaba la victoria en el continente europeo, pero ésta sólo podía venir del mar. Podría haberse empleado el poder naval, pero no comprendió la importancia estratégica de éste sino hasta 1943. Después de la derrota en Stalingrado, la estrategia de Hitler se quebró, y era demasiado tarde para cambiar la conducción de la guerra y transferir la batalla a la Armada y al poder naval.

—Hitler reemplazó al gran almirante Raeder como comandante de la Armada alemana y le dio el puesto a Ud. ¿Qué opinión tenía Ud. de Raeder, almirante?

—Desearía limitarme en mi juicio a su relación con la Armada alemana. A través de los años, cuando el gran almirante todavía era Comandante en Jefe de la Armada, entrenó a la Armada a su estilo. Este consistía en reafirmar la disciplina y la camaradería.

—¿Cómo eran sus relaciones con Hitler?

—Personalmente, nunca me preocupé de recibir regalos o dinero de Hitler, de modo que no me molestaba el hecho de no estar incluido cuando otros lo recibían. Por ejemplo, él solamente me llamaba Herr Gross Admiral y nunca con otro nombre, como el mío de pila, por ejemplo. Yo prefería que fuera así.

—¿Qué impresión le daba a Ud. el hecho de estar combatiendo en la guerra?

—Hice un esfuerzo por no trazar una línea entre el deber y el honor. Solamente seguí mi conciencia, cumplí mi deber y traté de no perjudicar mi honor.

—¿Cómo eran sus relaciones con sus hombres en la Armada?

—Mi relación con los oficiales y hombres de la Armada era muy buena. Nos

conocíamos y estimábamos mutuamente y ellos sabían que yo los respetaba por su carácter, servicio y capacidad y no por su grado. Teníamos una relación de tipo militar, que les daba la seguridad de la existencia de valores más altos que la vida de un hombre, como el deber de cada cual de proteger primero la vida de su propio pueblo. En cuanto a Hitler, él era, después de todo, el comandante en jefe y tenía la responsabilidad de conducir política y militarmente a Alemania. En todos los Estados democráticos es igual.

—¿Qué instrucciones le dio Ud. a la Armada?

—El papel principal de la Armada alemana fue atacar las comunicaciones marítimas británicas, especialmente en el Atlántico. Ellas eran la línea de vida de Gran Bretaña. La industria dependía de estas rutas marítimas tanto en paz como en guerra. El designio de la Armada alemana era hundir tantos transportes enemigos como fuera posible. Los submarinos debían buscar cuanta posibilidad hubiera de hundir transportes enemigos por muy poderosa que fuera su defensa. Existía una competencia entre los submarinos en cuanto al tonelaje de buques de transporte hundidos, incluyendo los buques enviados desde astilleros anglo-americanos. La tarea de la Armada alemana era destruir la población británica. Sin embargo, no hizo lo que ellos, los ingleses, hicieron, bombardeando Alemania.

—Almirante Doenitz ¿Cree Ud. que el plan de matar a Hitler pudo haber tenido éxito bajo circunstancias diferentes?

—Esta pregunta es humanamente imposible de contestar, porque nadie puede ver con seguridad en el futuro, ni siquiera cuando se trata de política. En los años 1943 y 1944, una enorme parte de la población de Alemania, incluyendo los soldados, respaldaban a Hitler. No conozco los motivos de esos hombres, quienes, el 20 de junio de 1944, trataron de destruir su régimen. Si las mujeres y hombres alemanes, después de escudriñar sus conciencias, estimaron necesario seguir el camino de la resistencia, hasta llegar a la alta traición y el asalto, entonces esto no era moralmente erróneo.

—¿Qué pensaba Ud. sobre la SS?

—Himmler y su organización formaban el tipo de hombres que actuaron a espaldas del pueblo alemán, bajo el más estricto secreto, y principalmente en Alemania Oriental, perpetraron esos horribles crímenes de destruir a la gente.

—¿Qué opinión le merece Rommel? ¿Su reputación alcanzó a la Armada?

—No sabía lo que se decía de Rommel, excepto sus muy bien conocidas hazañas. No puedo decir si estas historias son ciertas o no.

—Almirante Doenitz, ¿Qué recuerdos tiene Ud. del Tribunal de Nüremberg?

—En mis últimos tres libros que escribí después de mi liberación de Spandau, el 30 de septiembre de 1956, me dediqué a hacer investigaciones sobre los juicios de Nüremberg. Ellos deberían haber dependido de los derechos fundamentales, pero no fue así. Solamente los casos alemanes fueron llevados a Nüremberg para ser juzgados. Yo me declaré inocente, fui enviado tras las rejas por razones políticas. Por supuesto, ésta no es solamente mi opinión. Conozco el caso del juez Francis Biddle, que participó en ese juicio. El se decidió por mi absolución.

—¿Qué importancia tenía la carta del almirante Nimitz, presentada en su defensa en Nüremberg?

—El informe que el almirante Nimitz hizo a mi defensa en Nüremberg fue muy valioso para mí, porque él aseguró a la Corte que un líder de la Armada de Estados Unidos actuó en la misma forma que los alemanes. Tengo el más alto respeto por el almirante Nimitz y otros almirantes americanos.

—¿Qué hizo Ud. mientras estaba preso en Spandau, almirante Doenitz?

—En Spandau me concentré mucho en mí mismo. Me mantuve ocupado espiritual y físicamente para sobreponerme al aburrimiento y traté de no trabar amistad con muchos otros prisioneros.

—Una última pregunta, almirante Doenitz. Como Ud. sabe, Albert Speer publicó recientemente sus memorias y ellas fueron muy bien acogidas por el público. Ud. y Speer son los únicos grandes nombres que todavía están vivos en Alemania. ¿Cuál es su opinión personal sobre Speer?

—Positivamente, Speer fue excelente en arquitectura y un talentoso organizador. Su actuación como Ministro de armas fue notable. No nos hemos visto desde que salí de Spandau.

De "Proceedings".